

clavados en el techo y su sangre, como un río acaudalado, empapó de inmediato las sábanas y después el colchón.

El asesino se levantó enseguida tras herir mortalmente a su presa y, con un pañuelo que sacó del bolsillo, se limpió sus manos ensangrentadas. Se anudó la corbata y se puso despacio el sombrero sin mirar a la pobre muchacha cuya vida había segado en unos segundos.

Después se acercó a la puerta pero, antes de salir, comprobó que no había nadie en el pasillo: estaba todo en silencio, las puertas bien cerradas, la oscuridad le protegía. Caminó hacia la entrada, y, cuando llegó, aceleró el paso sin hacer ruido con los pies.

—¡Adiós, caballero! —le dijo Teresa desde detrás del mostrador, apenas le dio tiempo a comprobar que se marchaba.

—¡Vuelva pronto!

El asesino no le contestó, agachó la cabeza y se ocultó la cara con el sombrero. Teresa no pudo verle por la rapidez con la que alcanzó la puerta. La experta encargada se quedó extrañada... Rebeca mimaba mucho a sus clientes, solo habían pasado unos minutos desde que entró... Decidió ir a buscarla a la habitación y abandonó el mostrador, una especie de *trono* desde donde organizaba todo.

Distribuía a sus chicas y pasaba largas horas contando dinero y controlando hasta el más mínimo detalle. Comenzó a caminar. Se le hacía largo el pasillo, aunque, lo conocía mejor que su propia casa. Cuando caminaba, adelantaba una pierna y arrastraba la otra porque, de niña, sufrió la enfermedad de la polio. A pesar de que ella no recordaba haber sufrido dolor o malestar, le había originado una atrofia en los músculos de las piernas que la dejó coja para siempre.

Llegó a la habitación de Rebeca y se detuvo delante de la puerta, que, estaba cerrada. Pensó que quizás se había quedado dormida, pero quería verla. En un instante, recordó el rostro siempre sonriente de la joven muchacha que alguna vez le había obsequiado con un dulce. Había nacido en un pequeño pueblo de Extremadura y trabajaba desde hacía poco tiempo con ellos.

Se apoyó en la manilla, abrió la puerta y comprobó que la habitación estaba a oscuras, solo la luz de la lamparilla alumbraba la cama.

—¿Rebeca? —gritó Teresa desde la puerta. Pero la muchacha no respondió.

Avanzó unos pasos y enseguida vio los ojos abiertos de Rebeca que miraban al techo, y su pecho cubierto de sangre.

—¡Dios mío!

Retrocedió un paso hacia atrás y se quedó inmovilizada. No podía moverse y casi pierde el equilibrio si no llega a apoyarse en la silla que estaba en medio de la habitación. Al levantar la mano se dio cuenta de que estaba llena de sangre.

—¡Maldito sea, me la ha matado!

Se enderezó como pudo y se acercó otra vez a la cama, extendió el brazo temblando y le rozó suavemente la cara. Se acordó de la sonrisa de aquella desdichada muchacha cuando le ofrecía dulces, y, de nuevo, casi pierde el equilibrio. Respiró hondo e intentó calmarse estirando el cuerpo, tenía que avisar cuanto antes a la señora Violeta. ¿Dónde había ido?!

Había salido con su hijo Miguel, pero no le dijo nada, quizás, solo le acompañaba a casa y más tarde volvería... No podía perder más tiempo, tenía que encontrarla enseguida. Se acercó a la puerta, con el temblor de manos no acertaba a abrirla, pero al fin lo consiguió.

En ese momento, de una de las habitaciones, salía una bella muchacha agarrada del brazo de un marinero, quien nada más verla le preguntó:

—Teresa, ¿la señora Violeta está ahora en su despacho? Quiero hablar con ella.

Teresa no estaba para contestar a nadie... se encogió de hombros, movió la cabeza a los lados, y continuó caminando hacia el mostrador.

—¡Dígale que necesito hablar con ella! —le insistió la muchacha levantando más la voz. Pero Teresa continuó callada sin contestarle. Sentía una gran opresión en el pecho, sus manos no dejaban de temblar y se encontraba *bloqueada*. No sabía con certeza dónde podía encontrar a la señora.

Sentado en el mostrador de la entrada, descansaba David, uno de los empleados de «Le Soleil». Violeta confiaba ciegamente en él después de todos los años que hacía que trabajaba allí. Siempre estaba muy alerta cuando escuchaba cualquier vibración en el aire que se producía en el local; no permitía que se moviera ni una mosca, era un trabajador fiel y cumplidor con todo lo que le encomendaban. Su aspecto corpulento



inspiraba respeto, y, en cuanto vio la cara de Teresa, se dio cuenta que algo malo había sucedido dentro.

—¡David! —le gritó Teresa.

El joven se levantó de la silla con sus largas piernas y sus anchas espaldas. Observó el rostro desencajado de Teresa, que, apenas pudo hablarle.

—Dígame, Teresa, ¿ha ocurrido algo?

—Me voy...

Fue lo único que pudo contestarle mientras recogía su bolso de detrás del mostrador. El fiel empleado la miró extrañado y se apresuró a buscar su abrigo. No entendía por qué Teresa se iba, pero con la prudencia que le caracterizaba, no le preguntó más.

—¡Ya sabes que no se puede dejar sola la portería! —fue lo único que le dijo mientras se abrochaba el abrigo y se dirigía hacia la entrada.

—¡Tengo que encontrar a la señora! —le gritó mientras salía sin mirar atrás.

El intachable empleado la siguió unos metros y se detuvo en la puerta. Comprobó cómo desaparecía por una de las calles moviendo rítmicamente su cuerpo sin comprender lo que sucedía.

Teresa caminaba tan rápido como sus piernas le dejaban, la tensión no le permitía detenerse. Se inclinaba suavemente de un lado para otro. Dejaba que cada vértebra de su frágil columna resistiera los vaivenes del movimiento de sus caderas. Pronto se detuvo para tomar aire, apenas podía respirar, y sus pulmones comenzaron a acusar la fatiga. Su corazón se mantenía fuerte, bombeando la sangre como un *volcán en plena erupción*. En una de las calles, tuvo que pararse, descansó; y de nuevo comenzó a caminar tan rápido como pudo.

Pensó que seguro que la encontraría en uno de los emblemáticos rincones de Barcelona que la señora solía frecuentar con sus clientes. El cansancio casi la vencía pero continuó caminando sin pararse hasta que, con sus avispados ojos, distinguió a lo lejos un gran rótulo luminoso que brillaba en la noche: «La Criolla».

Estaba a punto de alcanzar la meta, llegar al número diez de *la Avenida del Cid* donde seguro que encontraría a la señora Violeta con algún afamado caballero. «La Criolla» era un edificio que Teresa conoció cuando era niña. Al principio, era una antigua fábrica textil en la que

había trabajado su padre cuando llegaron a Barcelona, pero, en los años treinta, se convirtió en el mejor cabaré de Barcelona.

Cada noche era frecuentado por clientes de toda clase y condición que, lo único que buscaban, era divertirse en el concurrido local. Entre otras cosas, se podía bailar y también disfrutar de una serie de espectáculos acompañados de música y de bebidas.

Cruzó tan deprisa como pudo la puerta del local ante la atenta mirada del portero, que, de inmediato, se dio cuenta de que aquella mujer buscaba a alguien. Como si conociera el local desde siempre, llegó a la pista de baile tan rápido como pudo. Intentó tranquilizarse, las piernas le temblaban por el esfuerzo y la tensión no le permitía distinguir a la señora entre toda la gente que estaba allí agrupada.

Nada más cruzar la pista de baile, empujó sin querer a una pareja de hombres que bailaban abrazados en la pista; seguían con buen ritmo los acordes de la orquesta y, al darse una vuelta, toparon sin querer con Teresa, que casi les hace perder el equilibrio.

—¡Tenga cuidado! —le increpó uno de ellos.

Teresa siguió hacia el otro lado de la pista como si no hubiera escuchado nada. Allí, se encontró con otra pareja que también bailaba dando vueltas sin parar; evitó que se repitiera el mismo incidente equivocándose hacia un lado. Uno de ellos llevaba peluca, zapatos altos de tacón y los labios pintados de color rojo brillante. Sujetaba al otro por los hombros mirando continuamente al suelo para evitar pisar a su pareja de baile, un varón con canas en el pelo y con un traje muy elegante.

—¡Va rápido, la coja! —comentaron.

Fuera de la pista, Teresa volvió a respirar hondo y carraspeó unos segundos. El humo del local le molestaba en la garganta, pero sus ojos seguían muy despiertos intentando divisar a la señora. Comenzó a impacientarse, no la encontraba por ningún sitio. Aunque muchas noches frecuentaba el local, se convenció de que, definitivamente, no estaba allí. Decidió salir y buscar en otro sitio. Ya cerca de la entrada, tropezó sin querer con una de las mesas.

Los dos jóvenes que estaban allí sentados la miraron sorprendidos. Iban bien trajeados y sobre la mesa habían colocado varios saquitos pequeños llenos de un polvo blanco. En ese momento, uno de ellos desenvolvió uno de los saquitos y se lo acercó a la nariz.

—¡Vaya con cuidado! —le increpó el otro— casi nos tira la mesa.



Teresa ni les respondió y continuó nerviosa hacia la entrada.

—¿Ya se va? —le dijo el portero cuando se abrochaba el abrigo.

—¿No ha encontrado lo que buscaba? —añadió sonriendo.

Aquel comentario la puso más nerviosa e irritada. Le contestó, sorprendiendo mucho al portero, que no esperaba una respuesta así de una mujer que no caminaba del todo bien:

—¡Estaba buscando a tu jefe, es para darle un chivatazo sobre uno de sus empleados!

Salió rápido sin que le diera tiempo a contestarla y cruzó la calle cojeando. No podía volver a «Le Soleil» sin la señora Violeta. De repente, se detuvo al acordarse del restaurante de enfrente, donde la señora cenaba muchas veces con algún cliente.

Entró enseguida en el restaurante, una antigua tasca decorada con sillas y mesas de madera antigua, y se dirigió hacia el comedor que estaba en el fondo. A través de la cortina, de inmediato, distinguió el perfil de su jefa que miraba con atención a su acompañante. Violeta tenía un cigarrillo entre los dedos y aspiró el humo, la boquilla del cigarrillo se impregnó del color rojo de sus labios. Sabía que eso gustaba mucho a los hombres, fijaban su mirada en la pintura roja que quedaba pegada al papel blanco de la boquilla como si quisieran besarla.

En ese momento, miraba sin pestañear a su invitado, un elegante caballero vestido con uniforme militar que escuchaba con atención a la hermosa dueña de «Le Soleil». Su pelo era blanco y engominado y también sujetaba tranquilamente un cigarro entre los dedos. No perdía detalle de cada una de las palabras que salían de los labios de Violeta. Teresa se quedó en la puerta dudando de cuando podría interrumpirles, hasta que, se acordó de la malograda Rebeca y su destino tan cruel. Decidió intervenir antes de que la señora se percatara de su presencia.

—¡Señora! —gritó desde la puerta.

Violeta reconoció aquella voz y se giró enseguida, sorprendida de verla. Dejó de inmediato la servilleta encima de la mesa, y al instante, intuyó que algo malo había sucedido.

—¿Qué hacía allí Teresa con la cara enrojecida y jadeando?

Se acercó a ella para salir de dudas. La encargada de «Le Soleil» movía las manos sin parar mientras hablaba tan rápido como podía.

—¡Señora, tiene que venir enseguida, algo grave ha sucedido!

Violeta se giró en dirección a su apuesto acompañante, dudó unos segundos, pero reaccionó. Tenía que volver al local, no le quedaba más remedio que disculparse con el militar. Se acercó a él despacio, el militar aprovechó para mirarla de arriba abajo, no podía imaginarse que debía salir de inmediato, que le iba a abandonar...

—Perdone, general... tengo que irme, vienen a buscarme, me necesitan con urgencia.

El general sonrió debajo de sus espesos bigotes blancos. Ninguna dama le había dejado plantado y esta no iba a ser la primera vez.

—¿Ahora tienes que irte?, ¿a mitad de nuestra cena?

Violeta se arrimó a su hombro y le besó con suavidad en la mejilla. Tenía que irse y comenzó a disculparse acariciándole las manos.

—Lo siento mucho, me reclaman, tengo que resolver un problema grave, me han venido a buscar. Mañana mismo le llamaré y para nuestra próxima cita le tendré preparada una sorpresa muy especial.

Le acarició la barbilla y le susurró al oído que no dejaría de recompensarle cuando volvieran a verse. El general se levantó de la silla y con mucha delicadeza le besó la mano. Entendió que los asuntos que trataba aquella mujer eran de suma importancia, y decidió comportarse como un auténtico caballero. Se estiró la chaqueta y se soltó el botón del cuello.

—Querida Violeta, los negocios son como *El Ejército*, nos necesitan en cualquier momento, debemos cumplir con nuestro deber...

Volvió a besarle la mano, y, ajustándose uno de los gemelos de la camisa, la abrazó. De inmediato, sintió el penetrante olor a flores que siempre despedía Violeta, fruto de las esencias que un proveedor francés le suministraba, y añadió:

—El próximo día continuaremos preparando la defensa del coronel Manrique, pronto se reunirá otro consejo militar, y, quizás, pueda ser indultado.

Violeta respiró aliviada y le acarició de nuevo la barbilla. Necesitaba las influencias de aquel prestigioso militar que tanto le podía ayudar.

—Mi general, mañana mismo a primera hora de la mañana le llamaré.

Le dejó una tarjeta encima de la mesa, el general la cogió y la guardó en el bolsillo. Pensó que valía la pena esperar un nuevo encuentro, se-